

MARÍA VALLEJO-NÁGERA

MUJERES DE LUZ,



Escandalosamente
envidiadas



ÍNDICE

Dedicatoria

Prólogo. Niña de ojos grandes

PRIMERA PARTE

MUJERES DE LUZ DE LA ANTIGÜEDAD

Capítulo 1. La reina de Saba. La luz de Salomón

Capítulo 2. Cleopatra. La caricia de César

Capítulo 3. María Magdalena. La valiente mujer de Dios

Capítulo 4. Lucrecia Borgia. La princesa más calumniada

SEGUNDA PARTE

MUJERES DE LUZ DEL SIGLO XX

Capítulo 5. Mata Hari. La muñeca de seda rasgada

Capítulo 6. Coco Chanel. La magia de un dedal

Capítulo 7. Peggy Guggenheim. La locura de amor entre una mujer y un lienzo

Capítulo 8. María Callas. El susurro de cristal

Epílogo. No somos nadie, querido lector...

Bibliografía

Notas

Créditos

*Para Beatriz y Cristina.
Os quiero más que lo que nunca podáis imaginar.*

*Y para mis amigas Lucrecia, Emma, Elvira, Eva, Benny, Ana,
Mercedes, Cristina, Beatriz, Amada, Inés, Kuki y Mónica.*

*Gracias por ser cada una de vosotras
extraordinarias mujeres de luz en mi vida.*

PRÓLOGO

NIÑA DE OJOS GRANDES

«La vejez es la pérdida de la curiosidad».

AZORÍN

Siempre he sido curiosa... Tanto que hasta esa afición mía de quererme enterar de todo me ha puesto en algún que otro aprieto del que luego me ha costado un sinfín de malabarismos y peripecias escapar. Creo que la causa de este despropósito —o don, según se vea— proviene del estado femeninamente escandaloso de mi alma, tan enclavado en detalles a los que somos propensas las mujeres por naturaleza. En otras palabras y para que lo entienda, querido lector: reconozco que soy cotilla y que me gusta enterarme de todo, en especial si de lo que se trata es de hablar de personajes de interés público. Y me fijo hasta en sus más ocultos secretos, en sus avatares y contiendas, penetrando en sus mundos —tan ajenos al mío—, con ojos absolutamente asombrados. Y entre todo tipo de personajes son las mujeres de cuyos corazones brotan espectros de luz las que más me interesan. La curiosidad que siento por sus vidas —fechorías incluidas— me embriaga hasta el punto de querer hurgar incluso en el baúl más recóndito de sus desvanes, ahí en donde guardan las enaguas.

A veces las vidas de estas mujeres de luz transcurrieron en siglos muy lejanos; otras, me son cercanas en el tiempo... Pero todas me interesan. Qué le voy a hacer, querido lector. Ya ve que desde este primer minuto se lo confieso: llevo el figoneo en la sangre. Pero no se ilusione demasiado, pues no todas las que le presento en este escrito mío son cegadoras con la misma intensidad. Algunas encontrará que solo dejaron brotar de sus auras tonos grises —no por ello menos hermosos—, que marcaron de forma diferente e igualmente válida el horizonte de aquellos con quienes se cruzaron; pero irradien el color que sea, le aseguro que también han dejado poso, semilla y hasta leyendas inenarrables, que ahora hacen difícil distinguir la realidad de la ficción de sus peripecias.

De niña viví un aturdimiento extraño, una fascinación sorpresiva con ellas. Desde el minuto en el que las conocí figando descaradamente entre las revistas femeninas que por doquier dejaba mi madre en su elegante vestidor —una preciosa mujer a quien le gustaba la moda y el mundo de las grandes estrellas de cine de los años sesenta—, todo me interesó sobre esas mujeres de luz. ¡Qué hermosas y fascinantes eran! Y mire usted que he tenido que esperar la llegada de las primeras canas para buscar y encontrar información valiosa sobre ellas. ¡Y cuántas han sido las sorpresas que me he llevado metiendo la nariz en esos libros, querido lector! Porque, sin soñarlo siquiera, me he dado de bruces con datos infinitamente más sorprendentes y cautivadores de lo que nunca esperé.

Sé que las mujeres de luz que le presento en mi escrito no solo me interesan a mí. Nada más alejado de la realidad... Pues digamos que son personajes que han aturcido a muchas generaciones, a historiadores y biógrafos, y hasta a líderes de grandes potencias, pues fue abundante el polvo dorado que desprendieron sus tacones, contándose hoy

por cientos —quizá miles— los libros escritos sobre ellas. ¡Cuánto hubiera dado por conocerlas! Pero la vida viene como viene, fui niña del siglo XX y hoy mujer del XXI, mientras que todas ellas han fallecido... ¡Alguna incluso hace casi tres mil años! Supongo que desde donde ahora estén, observarán con estupor el interés permanente que aún suscitan.



Ya habrá imaginado que la tarea de estudiarlas no me ha sido fácil. En ocasiones me he visto obligada a trasladarme a siglos muy alejados en el tiempo. He tenido que descubrir desiertos ya abandonados, y hasta lugares remotos que ni aparecen en los mapas más sofisticados. Tampoco han faltado mis viajes —a través de las letras estudiadas sobre ellas— a palacios ancestrales (Cleopatra), a templos de gran riqueza (la reina de Saba), o hasta a Magdala (María Magdalena). ¡Ay, madre! Lo que hubiera dado por conocerlas... ¿Me imagina entrevistando en su palacio de Saba a su reina más hermosa? ¿O quizá espiando a la gran Coco Chanel mientras creaba las esencias de su más exquisito perfume, Chanel n° 5, en un París derruido por las bombas? ¡Caramba, cómo hubiera disfrutado arrancándoles sus secretos más seductores! Pues, sin excepción, sus luces han sido mágicas, poderosas, turbias, fascinantes, arrolladoras... Todo a la vez. Tarea difícil se me presenta por ello ahora al intentar conocerlas, cuando ya lo intentaron poetas, escritores, biógrafos, compositores, pintores y hasta papas.

Qué reto, ¿no le parece? A ver cómo me apaño para no decepcionarle.



Este perspicaz deseo de observar y analizar embobada a las más atractivas mujeres de luz me persigue desde muy niña.

—Juan Antonio —se quejó un día mi madre a mi padre mientras desayunaban—. Esta niña es muy rara. Todo se cuestiona y desea saber lo no debe. ¡Me tiene aburrida a preguntas!

—Deja a la niña que pregunte lo que le venga en gana, Victoria —contestó mi padre, sin prestar demasiada atención—. Mira lo que decía Pascal: «Una de las principales enfermedades del hombre es su inquieta curiosidad por conocer lo que no puede llegar a saber».

—¿Lo ves? Hasta ese filósofo consideraba la curiosidad una enfermedad.

Mi padre levantó la vista del periódico.

—Vamos a ver... ¿y qué mal hace la niña preguntando?

—Es que tanta curiosidad... —contestó mi hermosa madre, meneando la cabeza de un lado a otro—. Mira, hace tan solo unos días me dijo que quería saber quién era Cleopatra, solo porque había visto fugazmente una foto de Liz Taylor representándola en el *¡Hola!*

—Entonces la culpa la tienes tú por comprar esas revistas —dijo mi padre, haciendo una mueca—. El contenido es frívolo, salen retratadas señoras guapas, y la niña, que es una cursi, se fija y luego cuando se aburre las imita.

—¡Pero qué tonterías dices, Juan Antonio! —refunfuñó mi madre—. ¿Cómo voy a tener yo la culpa de lo fisgona que es tu hija? Esas revistas solo tienen fotos elegantes y llamativas de reinas, princesas y actrices de cine... ¿Qué daño pueden causar?

—Bueno, pues entonces no te preocupes —contestó mi padre, volviendo a centrar su atención en las noticias de su diario.

—Sí me preocupo, pues luego me llueven preguntas que no sé cómo contestar a una mocosa de siete años. ¡Digamos que la niña se queda boquiabierta con las fotos de las damas de las revistas! Ayer me dijo que de mayor sería como ellas y que le comprara una corona.

—Pues cómprale una de esas de plástico que venden en la tienda Vicente Rico y verás qué contenta se pone.

—¡Que no, Juan Antonio! Que querrá ser una princesa y me dará mucho la tabarra. A este paso esta nos sale actriz a lo Lina Morgan.

—Pues nada, nos iremos a aplaudirla al teatro y punto —contestó mi padre, esbozando una sonrisa.

—Muy gracioso...

—¡Jajaja!

—Eso sería lo que nos faltaba. Con lo teatrera que es... Madre mía. Mira, debes hablar con ella, pues le he reñido y me sigue desobedeciendo. Está muy pesada. ¡Es que cuando ve esos reportajes se vuelve loca! Y como es muy espabilada y se fija en todo, me roba esas revistas, las lleva a su cuarto y recorta las joyas y los vestidos que más le gustan. ¡Me hace cada estropicio...! Deja la revista hecha unos zorros y luego tengo que tirarla. El otro día descubrió a María Callas y se puso contentísima. «¡Esta señora es guapísima, mamá!», me dijo, señalando con un dedo pequeñito la espectacular diadema de diamantes que lucía sobre su cabeza mientras representaba a no sé quién en no sé qué ópera. Un rato después la pillé cantando a voces con la comba a modo de micrófono delante del espejo del salón.

—¡Jajaja!

—Sí, claro. Tú riéte. Vamos que... Vaya niña rara.

Mi padre soltó el periódico y cogió con ambas manos su humeante taza de café.

—María no es rara —dijo sonriendo—. Es tan solo... Bueno, digamos que es simplemente *una niña de ojos grandes*.

—¿Pero qué ojos grandes, ni qué nada? ¡Venga, hombre! Lo que es de verdad es una teatrera... Mira, desde el día que descubrió la foto de Liz Taylor como Cleopatra, la he pillado varias veces hurgando en mi secreter. Me sustrae collares y peinetas que después se pone por la cabeza de cualquier manera. ¡Podría haberme roto el collar de perlas!

—Mi madre puso los ojos en blanco—. Ayer le tuve que dar un azote, pero no sirvió de nada. Al rato volvió a abrir mi armario y me quitó un par de zapatos de tacón, ¡de los elegantes! Esos que tengo con pedrería y que guardo como oro en paño. Se puso todo encima y estuvo paseándose pasillo abajo, pasillo arriba. ¡Pero qué cursi se está volviendo! Le quité todo y otra vez la riña. Pero, nada, como el que oye llover... En cuanto me doy la vuelta, ale, a tropezar con todos los muebles por llevar puestos mis tacones. Me temo que estoy criando a una titiritera.

Mi padre se rascó la nariz —enorme, por cierto—, guardó unos segundos silencio y al fin se levantó de la mesa.

—De acuerdo. Hablaré con ella. Voy a descubrir por qué hace tantas trastadas con tus cosas tu hija, y le diré que la castigaremos mucho si vuelve a tocarlas. ¿Te parece bien?

—Huy, sí. Me parece estupendamente —contestó mi madre satisfecha.



Mi padre me encontró en la cocina dando la tabarra a la pobre Mari —una cocinera que nos quiso muchísimo y que estuvo trabajando en nuestro hogar la friolera de treinta y dos años—, con el collar de perlas de mi madre colocado de cualquier manera sobre la cabeza, sus carísimos zapatos de tacón calzándome los pies y un delantal de lagarterana sobre el uniforme del colegio.

—Llévesela, doctor —refunfuñó Mari en cuanto vio atravesar a mi padre la puerta de la cocina—. Mire que lleva aquí un montón de rato largando por esa boquita una sarta de historietas raras. Ahora dice que es la reina de Saba o alguien así... Ya me duele hasta la cabeza.

—¡No, Mari, que no te enteras! —exclamé indignada—. Que no soy la reina esa que tú dices... Soy la reina

Cleopatra... Como la de la revista de mamá. Y por eso llevo su corona y todo el mundo me admira en el palacio.

—¿Pero qué sandeces dices, hija? —dijo mi padre, poniendo los brazos en jarras—. ¿Y de qué te has vestido? ¡Vaya pinta!

—De algo muy importante —contesté con una seguridad aplastante mientras mi padre, torpón, comenzaba a desatarme el tremendo nudo que me había hecho en la lazada del delantal de lagarterana.

—¡Por Dios, María, mira que eres revoltosa! Y qué nudo más horrible te has hecho... Uf, qué niña... ¿Acaso no deberías de estar ya en el portal esperando a que pase la ruta escolar a recogerte? ¡Verás cómo se pone tu madre si pasa y se marcha sin ti!

—Yo le digo que hoy el autobús se va sin la niña —intervino Mari, sin que nadie le hubiera dado vela en el entierro—. Avise usted a la señora antes de que la ruta llegue, o esta teatrera se quedará en tierra. No hay manera de quitar a la cría el disfraz que se ha puesto y a mí no me hace caso.

Entonces pasó lo que ya venía yo venir... Mi padre llamó a mi madre a voz en grito, quien entró con paso impaciente en la cocina.

—¡Pero qué *mamarracha* es esta niña! —susurró entre dientes. Acto seguido me agarró de un brazo y me sacó en volandas hacia el salón—. ¡Mira que te gusta ser Coco Chanel...!

—¿Y quién es esa? ¿Otra princesa?

—¡Calla y haz el favor de devolverme mis collares! Y quítate mis tacones, que te vas a dar un mamporro. ¿No ves que son cosas valiosas de las mamás, criatura? ¡Y fuera el delantal de lagarterana! Uf... Y a peinarte rápido, que debes bajar al portal volando cual pajarito. ¿No ves que va a pasar en cinco minutos la ruta escolar? ¡Llegarás tarde como el otro día! Solo me faltaba a mí tenerte que llevar luego al colegio... ¡Con todo lo que tengo que hacer hoy!

Entonces me logró desanudar la lazada del delantal del disfraz de lagarterana, me lo arrancó y yo cogí una buena rabieta. No una del montón, sino una digna de una tragedia griega a lo María Callas, con patadas contra el suelo incluidas y todo. Y no tardó en llegar un nefasto desenlace, querido lector... Pues *la niña de ojos grandes* se llevó una azotaina y encima perdió el autobús.



Esa anécdota fue solo el preludio de una gran comienzo, pues desde entonces *la niña de ojos grandes* —hoy mujer con los dos pies bien metidos en el otoño de la vida— no ha dejado de asombrarse con el mundo y sus gentes; con su historia, sus reyes y reinas; su ciencia y su progreso; los inventos, los astros y hasta con el fondo de los mares. Todo me gusta, querido lector, y sobre todo tipo de cosas leo y me informo.

Bueno, sobre todo no... Dejo la política de lado, que es mundo extraño que ni entiendo ni creo que llegaré a entender jamás.



Hace mucho tiempo que mi preciosa madre falleció dejando un gran hueco en mi alma... A su manera, ella también fue una gran dama de luz, pero poco me pudo contar sobre esas mujeres que tanto admiraba, pues una larga enfermedad que enturbió su pensamiento durante los últimos treinta años de su vida se lo impidió. A pesar de ello, *la niña de ojos grandes* no olvidó a aquellas mujeres, ni el magnetismo mágico que de ellas emanaba. ¿Cómo iba a ser de otra forma si eran las más bellas, las más valientes, las más seductoras y luchadoras e incluso las más envidiadas? ¡En algunos casos hasta las más brutalmente calumniadas! (como

le sucedió a Lucrecia Borgia, tal y como han afirmado recientes historiadores en estudios sobre su persona).

Yo deseo presentarle hoy ocho de ellas. ¡Perdóneme la limitación obligada que me impone un solo libro, querido lector! La elección ha sido complicadísima... Entre ellas le presentaré a varias que dejaron sus huellas en pleno siglo xx: como Mata Hari, María Callas o Coco Chanel. Otras serán extravagantes luciérnagas de alto voltaje de la Antigüedad, como Cleopatra o la reina de Saba... ¿Quién puede ignorarlas?

Yo no soy *paparazzi*, querido lector. Le recuerdo que soy tan solo una mujer curiosa, una *niña de ojos grandes* que sigue a día de hoy fascinada, asombrada con el mundo, con sus hombres y mujeres de luz. Déjeme presentárselas. En su mano está adorarlas o menospreciarlas... Yo ya las conozco; somos amigas. Atrévase a trepar por mis letras, agarre su cámara fotográfica y encienda la grabadora. ¡Soñaremos juntos que las entrevistamos y que nos convertimos en sus confidentes más cercanos! ¡Vamos! ¿A qué espera? ¡Salte dentro de la furgoneta, meta las llaves y arranque el motor! Comprobará que, muy pronto y de la mano de mi tinta, mirará arrobado los tapices y celosías doradas del palacio de la reina de Saba, paseará en los desiertos cercanos al reino de Cleopatra y adquirirá caros perfumes y esencias en los mercadillos de la Magdala de Galilea. ¡Quizá me acompañe a la primera tienda de Coco Chanel de París y aplaudirá asombrado la danza exótica de los pies cargados de cascabeles de Mata Hari! Nunca se sabe... ¡Tenemos mucho camino que recorrer y poco tiempo, querido lector! Así que dese prisa, agarre el volante y acelere. ¡Y no olvide abrocharse antes el cinturón! Recuerde que por la antigua Roma hay muchas y peligrosas curvas.



A los seis años, disfrazada por mí misma de nadie sabe qué.



Retrato que me hizo mi padre, pintor de la escuela naif, fascinado con mis cosas. En el reverso escribió: «María vestida de algo muy importante... (Pero a saber de qué)».

PRIMERA PARTE

MUJERES DE LUZ DE LA ANTIGÜEDAD

